

el más grande y el más fuerte de los amores. No obstante, en la intimidad de aquella pasión la figura de Manuela surge con una fascinación nueva, tal vez por ser menos conocida. Lo que de ella se sabe, o se ha sabido, linda en ocasiones con la conseja mal intencionada, sin duda consecuencia de los ecos lejanos de la saña que suscitó en las mentes raquíticas de su época. Debió soportar sobre sí misma el peso de la incompreensión histórica que recaía sobre su amado y que supo sobrellevar con valor y heroica abnegación. Durante el breve espacio del amor de ambos fue su guía, su inspiradora y, ante todo, su sostén moral. Con su inteligencia y su valor protegió muchas veces la vida de su amado, que había renunciado a todo en la realización de un sueño grandioso que sólo ella podía comprender. Si, como se dice, cada ser tiene un alma gemela en el mundo, las almas gemelas de Bolívar y Manuela Sáenz debían de encontrarse aquel día lejano de un 16 de junio de 1822 para construir juntos aquel doble sueño irrealizado: el de su amor, y el de la Gran Colombia.

ELKIN GÓMEZ

## Mundo intelectual en ebullición

**Arciniegas polémico.**

**Sus más resonantes controversias**

Espasa y Editorial Planeta

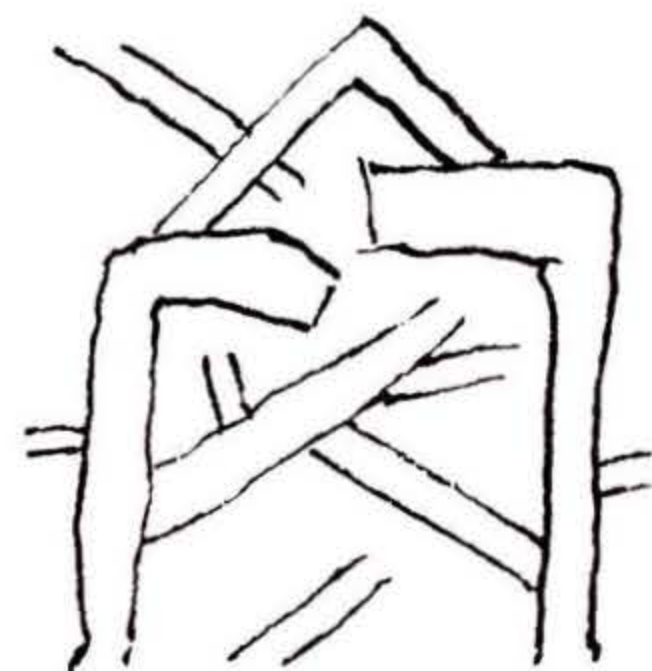
Colombiana, Bogotá, 2001, 286 págs.

Con prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda y la orientación de Otto Morales Benítez, Espasa y Planeta han publicado una selección de la obra de Germán Arciniegas, esta vez apoyada básicamente en sus más sonoras polémicas, desde su célebre controversia con Giovanni Papini hasta su sonada expulsión de la presidencia de la Comisión Colombiana del Quinto Centenario del Descubri-

miento de América. Como de costumbre, Arciniegas resulta titánico. La lista de los personajes contra quienes dirigió sus dardos abarca nombres que van desde Simón Bolívar hasta Waldo Frank, Julián Marías, monseñor Perdomo, Alfonso López Michelsen y Gabriel García Márquez. Como le dice al doctor Eduardo Santos, en su propia presentación, escrita seguramente después de muerto, "aquí en Colombia, hay libertad de palabra, hablada y escrita, tanto que puede decirse todo menos la verdad" y es que "las cosas que hay que decir no pueden decirse". Pero Germán Arciniegas las dijo, y durante un siglo entero.

Y así como en otros tiempos se estilaba debutar en la vida con un duelo, Arciniegas se mantuvo como un mosquetero pugnaz y aguerrido hasta cerrar su vida en medio de debates que por momentos fueron de una pugnacidad inusitada. Pero en especial un tema de su ancianidad permea el libro entero; ante todo su guerra declarada a lo que fue la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América, una fiesta universal que terminó convertida en una fiesta de España. Ése fue su caballito de batalla preferido durante su gloriosa ancianidad. La posición de Arciniegas era muy clara: los quinientos años no tenía por qué convertirse en una fiesta ibérica y mucho menos ser adornada en su logotipo con el escudo peninsular, lo cual, advirtió, era cuando menos "una provocación impertinente". Y no ahorró la cólera cuando López Michelsen, en un momento de nostálgica inspiración, reclamó la reconstrucción, en 1992, de todo el Imperio español. Sus palabras no ahorraron nunca la dureza ni el tono desabrochado y provocador, y es por eso que, tras la entrada de España al Mercado Común Europeo, anotó con sorna que "los españoles quedaron felices de no seguir formando parte del África". Y es que entre España y Europa, como señala con agudeza, hay un divorcio de siglos, pues España fue la nación que, si compartió las barbaridades del Viejo Continente, no compartió ningu-

na de sus grandes aventuras humanas: ni el Renacimiento, ni la Reforma ni el Humanismo. Eso no quiere decir que entonces se tratara de una fiesta de Europa, sino universal, y Europa tenía que celebrar todo lo que había ganado con esa hazaña de un marino genovés, que tampoco fue un descubridor, porque, según Arciniegas, Colón no descubrió América sino que "abrió el camino para que esto ocurriera diez años más tarde". El Almirante de la Mar Océana admiraría "lo que sería descubierto diez años después sin que él lo supiera porque creía haber llegado nada más que a las Indias"... Y es cierto y es de admirar la imaginación desbordada de un Cristóbal Colón que muere proclamando ser el virrey de la Tierra Firme del Asia, que pensó que las Bahamas eran japonesas, que hizo jurar en Cuba a su tripulación que estaban en China, que La Española era la isla de Ofir del Golfo Pérsico (también legendaria), que Panamá estaba cerca de las minas del rey Salomón, que el Orinoco era el Ganges y que en la isla Margarita nacían no sólo el Ganges sino el Éufrates, el Tigris y el Nilo.



Y ese verdadero "descubrimiento" lo haría otro personaje, más exactamente un marino florentino, Américo Vespucio, una de las figuras más caras a nuestro historiador. El mérito de Vespucio es que él sí supo que había posado las plantas de sus pies en un nuevo mundo. Aunque lo que siguiera no fuese más que una vulgar invasión de europeos desplazados. Y no deja de ser inte-

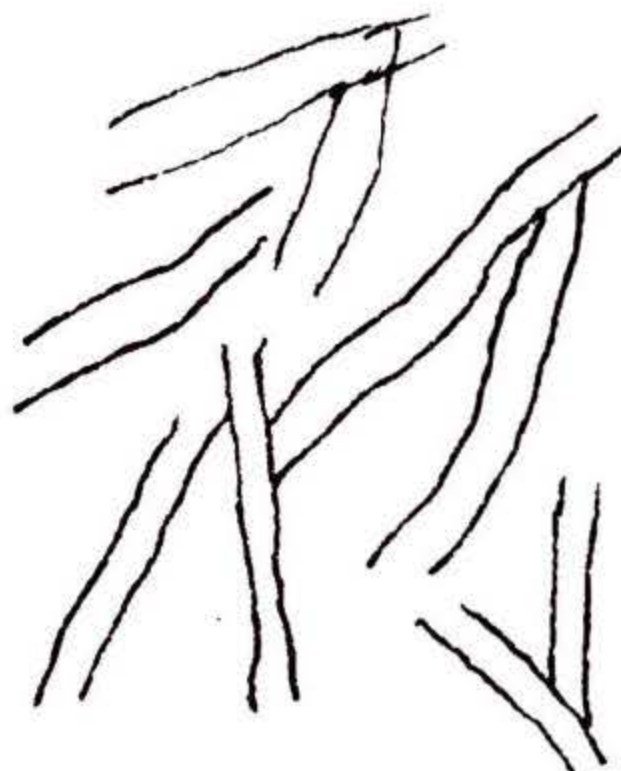


resante que España quisiera excluir de la celebración a la América anglosajona, quizá por vergüenza, tras haberle abandonado las peores tierras, unos pantanos invivibles y llenos de cocodrilos que se llamaban Florida o unas misiones religiosas que en manos españolas no pasaron jamás de ser desérticas, en una tierra buena para nada, a la que llamaron California. Como recalca algún amigo mío, España se merece lo que le pasó porque prefirió México a los Estados Unidos. "Para unir a América nos interesa mucho más el presidente Bush que Felipe González", reclama Arciniegas, y va más allá, con cierto realismo: "Si queremos establecer una regla de igualdad y justicia y cooperación hay que hacerla con los Estados Unidos, que están en nuestra tierra y han peleado con nosotros por la independencia y no con los reinos de quienes tuvimos que desprendernos con sangre y lágrimas y fuego".

\* \* \*

En la más importante a mis ojos de todas estas controversias, Giovanni Papini, que por entonces tenía una celebridad mundial que hoy ha perdido casi por completo, y un poco injustamente, señala que la contribución de América al mundo ha sido ínfima si se la mira como contribución de hombres de genio al progreso de la humanidad. Y es cierto. Ni siquiera un gran hereje salió de América. Ni filósofos originales, ni sistemas propios. "Ningún hombre de ciencia —dice— se ha impuesto a nuestra atención, ni siquiera a nuestra curiosidad". "Si hubiera habido un solo genio de excelsa grandeza, nadie en Europa lo hubiera ignorado". Me recuerda una página de Henry James en la cual sostiene que para un americano cualquier conquista intelectual cuesta diez veces más que para un europeo. Y si James, que era americano y se volvió europeo, lo dijo, por algo lo diría. Para Papini, América lo recibió todo de Europa y nada ha devuelto. La razón, según él, es que la energía espiritual de sus gentes se ha agotado en la lucha por la existencia y en las estériles contiendas políticas. Lo

de Papini no es una de esas diatribas de sabio europeo que muestra más ignorancia que otra cosa, como la de Hegel, tan ignorante como ilegible su filosofía, que simplemente ve a América como un lugar de degeneración, sino un escrito serio y reflexivo. Por lo demás, Arciniegas desprecia olímpicamente la filosofía de Hegel, y acaso con razón: "Parece escrita antes de Copérnico".



Creo que vale la pena reflexionar un poco sobre el contenido de la controversia Papini-Arciniegas. El escritor italiano dice una serie de cosas que son verdades, aunque dolorosas. Arciniegas responde con otra serie de cosas, que también son verdades dolorosas. Los aportes americanos, dice Arciniegas, no han sido de personas, sino de grandes ideas. América ha puesto la libertad, ha puesto la tolerancia, ha puesto la democracia, la república, la igualdad y la justicia, por encima de las bárbaras hoguera y parrilla inquisitoriales, tan profundamente europeas. Lo que en América termina en la Independencia, en Europa acaba en el régimen del terror y la guillotina. La república de Robespierre duró tres años; la de los Estados Unidos lleva más de doscientos. Y por si fuera poco, ha sido la válvula de escape para aliviar los excesos de población del viejo continente. Esa es la "conclusión elemental a que he llegado después de unos sesenta años de darle vueltas a la historia de América".

Que el Nuevo Mundo no ha dado ni siquiera santos, reclama con cier-

ta ingenuidad Papini. El que escruta elige, se le podría responder. Si Roma quedara en la Nueva Granada, seguramente habría cientos de santos granadinos. Es fácil hacer santos a personajes inexistentes como san Jorge, o a decapitadores de herejes, como el rey Luis de Francia, o de ingleses, como Juana de Arco, o, como pretenden los españoles, en un despropósito que despierta la ira de Arciniegas, a la intolante mujer que físicamente sacó de España a todos los árabes y judíos que sus tropas no habían podido exterminar pero puso en manos de los dominicos la hoguera para los que se quedaran. Semejante beatificación no demuestra sino que en materia de tolerancia no hemos cambiado mucho desde los tiempos de Voltaire y que los que califican de fanáticos a los fundamentalistas islámicos de hoy deberían echar una mirada retrospectiva sobre nuestro propio pasado.

América habría actuado como un desagadero de tensiones, como la tierra de esperanza hacia la cual partían todos los perseguidos, todos los inmigrantes, todos los reprimidos por las dictaduras, las religiones, los imperios, las inquisiciones, el protestantismo, el catolicismo, el fascismo, el nazismo, el franquismo, el comunismo del viejo mundo.

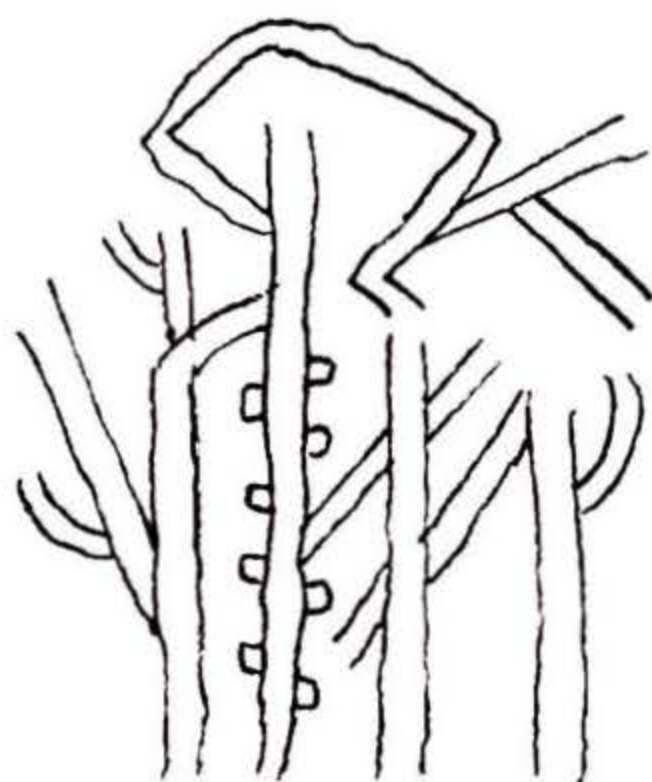
América es ese otro mundo donde, en la visión de Arciniegas, aquellas cosas no existen: "Cada establecimiento de europeos en América recuerda una persecución en Europa". Lo americano, entonces, "es un avance civilizador en relación con las culturas europeas".

\* \* \*

Hay momentos deliciosos en este libro, así sean para el escarnio, como cuando el patético Mario Benedetti la emprende en un mismo escrito contra Borges y Arciniegas, en un "exabrupto retórico de un izquierdismo ciego", como lo dice Cobo Borda en el prólogo, y no otra cosa hace Gutiérrez Girardot cuando en otras parrafadas no menos retóricas intenta destruir, no ya a sus víctimas predilectas, Ortega y Gasset y Octavio Paz, sino al anciano "fascis-



toide", a lo cual el otro sólo comentó alguna vez, en palabras que le han sido endilgadas al autor de esta reseña, porque las escuchó y las repitió, aquella ya famosa *boutade* que el mismo Cobo trae a colación en el prólogo: "Ahhh, sí, Gutiérrez Girardot, aquel filósofo alemán nacido en Boyacá".



Su retrato del Che Guevara es tragicómico, un tontazo, atorrante, diría un argentino, con carisma y suerte y un inmenso vacío bajo el cráneo. Arciniegas le pregunta cómo solucionaría ciertos problemas económicos del Brasil. La respuesta es digna de una antología de la estupidez humana: "Lo más sencillo, yo llegaría, formaría el estado mayor del ejército, y de capitán para arriba, sacaría todos los oficiales y los fusilaría y entraría a gobernar con los que quedaran de capitán para abajo... luego yo tomo la riqueza de São Paulo y la traslado a Bahía, y con eso resuelvo los problemas de la miseria en el norte y se acabó el problema". Tras el juicio inapelable de Arciniegas, se apresura a advertirnos: "Resultará trabajoso creerme porque no hay nada más difícil de destruir que un mito".

Y menos aún se engaña frente a Fidel Castro, "el más siniestro despota del Caribe" y sus cincuenta años intentando desestabilizar la democracia en todas partes y esa extraña tolerancia o simple indiferencia del mundo civilizado hacia su tiranía.

Otro documento simpático es el libelo que Trujillo, el dictador de *La fiesta del chivo*, mandó escribir contra Arciniegas, a quien al menos no mandó matar.

\*\*\*

En 1940 Arciniegas puso las bases, en *La Nación*, de Buenos Aires, de lo que treinta o cuarenta años después vendría a llamarse "la nueva historia". Y luego repetiría en 1990 que en Colombia se echó a perder la explicación de la misma Independencia por hacer inadecuadamente de Bolívar el padre del conservatismo y de Santander el del liberalismo.

Fundamentales son en este libro las páginas sobre Bolívar, el megalómano, voluntarioso hasta la soberbia. El autor le dice a Germán Santamaría en una entrevista célebre: "Uno no le puede pedir consistencia a Bolívar porque se contradecía con un entusiasmo raro". Y con frialdad comenta su final patético, dándoselas de pobre cuando seguía siendo uno de los hombres más ricos de Sudamérica, aunque sus riquezas estuvieran en Venezuela. La melancolía del Libertador aparece cuando se da cuenta de que no lo quieren ni en uno ni en otro lado. En las últimas elecciones tiene cero votos a favor. Se niega a creerlo y por eso se marcha. Recalca Arciniegas que su gran preocupación mientras bajaba por el Magdalena era que le expropiaran las minas. Y se pregunta, consternado: "¿Quién lo maltrató en 1830?".

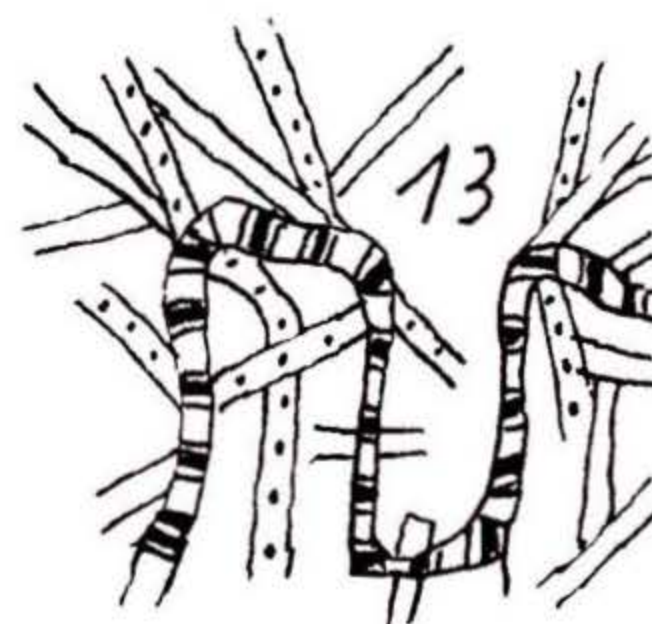
No debe extrañarnos que en Venezuela los estamentos intelectuales le tuvieran cierta inquina a nuestro escritor. En el libro se resalta una famosa declaración de finales de los sesenta, cuando como embajador en Venezuela y frente al problema de la cantidad de indocumentados colombianos que pretendían pasar al país hermano en busca de compartir algo de la bonanza petrolera, Arciniegas dijo que los libertadores habían sido los primeros indocumentados en atravesar la frontera entre los dos países. Y lo que de los textos que lo atacan se desprende es que los sabios oficiales no en-

tendieron nada del humor desenfadado del embajador.

Otra que levantó ampollas fue en 1988, cuando dijo que el fascismo, traído de Italia, había tratado de meterse en Colombia sobre todo a través de Alzate Avendaño y de Jorge Eliécer Gaitán. Del jefe conservador, que hasta físicamente era muy parecido a Mussolini, no era de extrañar esa aserción, pero del caudillo liberal asesinado, esas palabras resultaban una blasfemia digna de anatema. Pero del mismo modo había dicho que en Colombia los simpatizantes más elocuentes de rusos, cubanos y tercermundistas han sido siempre los conservadores.

\*\*\*

Aquí nos asalta una duda. Y es que más que armar polémica, parecería que a Arciniegas le gustara jugar con fuego. Sobre todo hablando. Quizás era su manera de mantener esa tremenda energía vital que siempre llevó consigo. Finalmente, en una compilación como ésta, uno se da cuenta de que mucho fue lo que habló en tantos años y que como figura pública dio tal vez demasiadas declaraciones a la prensa, a menudo tergiversadas, por lo demás y, ante todo, que éstas eran mucho más pugnases que sus escritos. Pero eso no quiere decir que cuando estaba convencido de algo no se la jugara toda.



Una de las últimas luchas que emprendió, aun a riesgo de una vida que poco le importaba ya perder, fue la lucha por la extradición, pisoteada según él en una constitución de narcos, la del 91. Y la emprendía igualmente contra ese texto tonto, fruto de "una noche atolondrada" y



elaborado por “un humorista boyacense”, que obligaba a alargar todos los documentos oficiales añadiendo el nombre completo de la ciudad, Santafé de Bogotá, acabando con el nombre indígena que le devolvieron los libertadores en 1819 tras cuatrocientos años de dominación hispana. Más que el gesto, lo más grave era la ignorancia pura de los legisladores, que pensaban con ello rendir un homenaje a la historia.

\* \* \*

Personalmente creo que lo menos importante es que Arciniegas tenga o no razón en sus polémicas. Lo importante es que al armarlas ponía al mundo intelectual en ebullición y obligaba a repensar la historia a la vez que divertía y educaba a sus lectores y les enseñaba a no tragar entero. Pero, ante todo, Arciniegas tiene esa cualidad que le encontraba Borges a Oscar Wilde y a Stevenson, sin la cual todas las demás son inútiles: el encanto. Y lo tiene hasta en sus últimos escritos.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

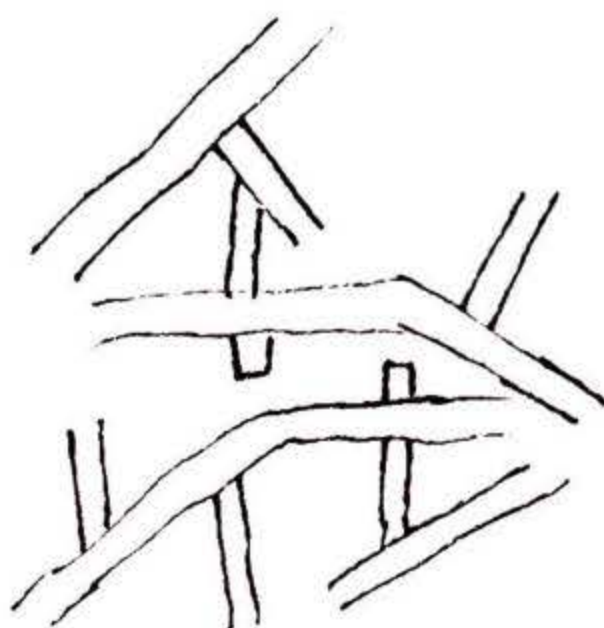
## “Colombia es un país inerte”

Con las manos en alto

Germán Castro Caycedo  
Editorial Planeta, Bogotá, 2001,  
254 págs.

Este nuevo libro del periodista y escritor colombiano Germán Castro Caycedo contiene trece textos con los que el autor nos ilustra por qué Colombia es un país inerte al que todo el mundo quiere saquear y al cual apuntan las armas y los intereses de más de uno. El primero de estos textos, *Noche de naturalezas muertas*, es el estremecedor relato de un secuestrado por la guerrilla y las largas jornadas a que es sometido por sus captores en las cercanías de Cali, el trato brutal y despiadado que recibe junto con sus compañeros de

cautiverio, el hambre, la lluvia, las heridas, el acoso, en fin, uno más de los episodios infernales de que son objeto los miles de colombianos que han padecido o están padeciendo el horror del secuestro. Antes del desenlace de esta historia, o sea la muerte de varios de sus protagonistas, uno de los guerrilleros que siempre está acosando a los miembros de este grupo de secuestrados con su fusil y con el grito de “ricos hijueputas”, al preguntarle uno de ellos que para él qué es un *rico* —pues las víctimas son modestos hombres de clase media—, le responde sin vacilar: “un rico hijueputa es el que come dos veces al día, no una sola vez [...] ¿Sabe qué es la revolución? Comer dos veces al día”. Lo que nos dice muy claramente las causas que, de todas maneras, tiene este conflicto: las desigualdades sociales, la exclusión, la miseria, el hambre, y también el resentimiento y el odio feroz que todo lo anterior ha ido incubando, sin que ninguna causa, en ninguno de los bandos, legitime el salvajismo de los procedimientos utilizados por todos.



El tercero de los relatos que conforman este libro se llama *Linda Iris, ¿me amas?*, y es la historia de un médico en alguno de los muchos pueblos de la costa a los que también ha llegado esta guerra. El pobre tipo es acosado por la guerrilla para que atienda a un herido, y de otro lado debe soportar el hostigamiento de la fiscalía y la policía por estar protegiendo a un subversivo, argumentando a unos y a otros que él como médico tiene un único deber: salvar vidas humanas. Mientras

el guerrillero se recupera de sus graves heridas, llega a visitarlo Linda Iris, una atractiva mujer enviada por los guerrilleros, y que se hace pasar por esposa del herido. El encarte de éste y su compañera va poniendo en peligro la integridad del médico, quien decide remitirlo al hospital universitario de la capital. Al llegar al hospital de Bogotá, Linda Iris y su “esposo” enfermo, a él le ponen una estricta vigilancia, mientras su abnegada consorte se instala en un hotelito y acude diariamente a visitarlo; pero resulta que con el correr de los meses Linda Iris, que se siente sola, acaba por convertirse en amante de uno de los guardianes de su supuesto marido, y para colmo descubre en él el amor. Una noche el hombre le dice que no se siente bien en la relación, pues ella es una mujer casada, y entonces Linda Iris le abre su corazón contándole toda la verdad: a ella le han estado pagando una platica para que acompañe a este hombre, que es un guerrillero, pero el tipo no tiene nada que ver con ella. El hombre —el amante— se va y a la hora siguiente llega con una patrulla de la policía para arrestarla.

Me he detenido en estos dos relatos, pues considero que son los más logrados de este libro. Y son los más logrados, pues su trasfondo humano creo que sobrepasa lo meramente periodístico o testimonial y alcanza un valor literario. De elementos en apariencia tan simples como la compasión que puede suscitar un verdugo, o una traición de amor en medio de una guerra, están hechas las tragedias clásicas, que son clásicas justamente por saber señalarnos el barro ambiguo y contradictorio de que está hecho el corazón humano.

Germán Castro Caycedo no es lo que podríamos llamar un estilista. No es alguien que se apasione y que nos apasione con el sonido y la textura de las palabras, ni con la cadencia de las frases o de los párrafos; pero su prosa fluye con soltura para que fluya el relato, y sus observaciones sobre el paisaje o sobre las personas son bastante atinadas, al menos en los dos textos a los que me he